

# Literatura argentina y literaturas europeas Aproximaciones a una relación problemática

---

María Teresa Gramuglio  
UBA

En primer lugar, quiero agradecer a los organizadores del congreso la invitación a participar en él y el honor inesperado de leer en la sesión plenaria de apertura. Pero debo confesar que tengo algunas dudas acerca de que mi trabajo sea adecuado a las expectativas que esta distinción implica. Porque se trata, como indico en el título, apenas de aproximaciones. Por un lado, espero que la amplitud de la convocatoria me sirva de disculpa. Por el otro, el tratarse de una sesión inicial podría verse, quizá, como una especie de coincidencia propicia para exponer algunas ideas cuya elaboración se encuentra, justamente, en un estadio inicial.

No se me escapa que el uso del adjetivo “problemática”, también en el título, funciona como una petición de principio, puesto que implica postular que esa relación es un problema. Y así lo creo. No porque se trate de un tema novedoso, ya que la relación entre la literatura argentina y las

europas es uno de los asuntos más conocidos, contenciosos y debatidos de la historia y la crítica literaria y cultural. Sino porque, a pesar de esta visibilidad indudable, no ha merecido hasta ahora, que yo sepa, un estudio sistemático. Lo que me propongo exponer, entonces, son unos pocos puntos de partida que me parecen pertinentes para indicar, tentativamente, algunos momentos decisivos de un recorrido que no pretendo exhaustivo, pero que aspiro a desarrollar sistemáticamente a medida que avance en el estudio del tema. Aquí y ahora, en primer lugar, trataré de esbozar una breve presentación del asunto. Luego, voy a delinear algunas premisas conceptuales y metodológicas que creo necesarias para desarrollarlo. Finalmente, me referiré a algunos casos de un corpus todavía en formación, para ensayar la viabilidad de la propuesta. Para todo esto voy a aprovechar las lecturas y exposiciones que hice hace muy poco en un seminario que dicté en la Universidad de Rosario. Corresponde por lo tanto que agradezca a los asistentes a ese curso, ya que ellos me ayudaron a definir mis hipótesis y a ordenar esta primera aproximación.

## I

Tal como hasta ahora la hemos estudiado -y no creo que esa situación vaya a modificarse sustancialmente, a pesar de las impugnaciones derivadas de los estudios culturales- la literatura argentina, como todas las latinoamericanas, se formó, desde sus primeras manifestaciones en el período colonial, en una relación indisoluble con la europea. Esa relación quedó inscripta en su misma materia verbal: la lengua castellana, en la mayor parte de los países que surgieron del fin de la dominación colonial, con algunas excepciones como el portugués en Brasil o el francés y el inglés en el área del Caribe, y con todas las variantes que se desplegaron a

partir de situaciones de bilingüismo, sustratos lingüísticos originarios, marcas regionales, elecciones dialectales y otras creaciones más específicamente literarias, como la lengua de la gauchesca, cuya base castellana es innegable. Dada la particular formación demográfica de la Argentina, muchos de nosotros, a diferencia de los habitantes de otros países europeos y no europeos, no tenemos vernaculares o lenguas originarias básicas que modelen nuestra visión del mundo. Por el contrario, es bastante frecuente que conservemos las huellas de las lenguas europeas de nuestros antepasados más recientes.

En el período colonial, inserto en el marco de las poéticas prescriptivas que se sucedieron desde el Renacimiento hasta el Neoclasicismo, pasando por el Barroco, esa relación se articuló en acuerdo con los criterios normativos propios de esas poéticas, que orientaban la creación literaria asignando una función modélica a los textos canónicos.

Una conjunción cuyas raíces sería arduo desentrañar hizo que los movimientos de independencia que dieron lugar a la formación de las nuevas naciones americanas coincidieran con la emergencia del Romanticismo europeo. Por lo tanto, la reflexión sobre las condiciones necesarias para la formación de una literatura nacional que acompañara la emancipación política con la “emancipación del espíritu” estuvo enmarcada en el giro epistemológico que significó uno de los cambios más radicales inducidos por el romanticismo: la crisis de las poéticas normativas y la apología de una libertad creativa que instituía lo nuevo como valor. A ello se debe agregar el reconocimiento de la diversidad de las culturas que Herder había incorporado a la historia de las ideas de Occidente hacia fines del siglo XVIII. Estos fueron dos de los factores decisivos que confluyeron para reformular las relaciones

con el canon europeo, que en el caso argentino llevaron a enfatizar la ruptura con la tradición española y promovieron la apertura a las corrientes intelectuales y estéticas de signo liberal, especialmente francesas, pero también alemanas e inglesas. Al mismo tiempo, estos cambios políticos y culturales crearon las condiciones para el surgimiento de la crítica, uno de cuyos objetos más definidos consistió, precisamente, en la problematización de esas relaciones en el momento en que surgía aquella preocupación por la creación de una literatura nacional. Como han señalado los estudios más recientes, todo este arco de prácticas, aun siendo incipiente, se caracterizó por la explícita subordinación de la literatura a la función política y cívica que los tiempos reclamaban: la formación de la nacionalidad.

Luego de esos momentos inaugurales, y atravesado el período de enfrentamientos que llevó a la organización constitucional y a la formación del Estado nacional, la implementación de las políticas culturales oficiales iniciaron en la Argentina el proceso modernizador que hizo posible la progresiva aunque siempre débil autonomización del campo literario. Pero sobre todo hizo posible el surgimiento de la conciencia de la autonomía del objeto estético: autonomización de la práctica y autonomía del objeto, dos cuestiones vinculadas que tienden a confundirse pero que sería necesario deslindar siempre cuidadosamente. En el transcurso de esta etapa, la irrupción del modernismo latinoamericano, a pesar de la clara vocación política de figuras iniciadoras como José Martí y, en la literatura argentina, de continuadores como Leopoldo Lugones, resulta un hito relevante en la manifestación de una voluntad autónoma de forma que se recorta sobre la acelerada sucesión y solapamiento de poéticas europeas desde fines del siglo XIX hasta las primeras vanguardias del XX: naturalismo, decadentismo, parnaso, simbolismo,

esteticismo, etc. hasta llegar al imagismo, futurismo, cubismo, ultraísmo, surrealismo, para nombrar sólo a los más reconocidos. A lo largo de este proceso, la autonomización (siempre relativa) y la conciencia de la autonomía estética (siempre desafiada en América Latina por los reclamos ineludibles de la heteronomía) fueron indisociables de los cambios sociales y culturales que determinaron el crecimiento y la diversificación del público lector. En el caso argentino, las transformaciones demográficas derivadas de la inmigración, que fueron el fenómeno más sobresaliente del crecimiento modernizador, generaron una sensación de crisis de aquella nacionalidad tan trabajosamente edificada, e instalaron una tensión particular entre heteronomía y autonomía. Estas condiciones se proyectaron a su vez sobre las vanguardias de los años veinte, en las que alimentaron una curiosa veta de preocupación nacionalista. En el transcurso de esta historia es notable comprobar, a cada paso, que los sucesivos reclamos por la nacionalización de la literatura se fueron articulando con reformulaciones específicas de la relación con las literaturas europeas, y finalmente esas relaciones, favorecidas o demonizadas, se convirtieron en objeto contencioso a la hora de dirimir legitimidades. Hacia los años treinta, la revista *Sur* resultó la heredera más conspicua de estas reformulaciones, y sus relaciones con las literaturas europeas (a la que habría que agregar la norteamericana) se convirtieron en una fuente inagotable de controversias hasta pasada la mitad del siglo XX, cuando la revista *Contorno*, a su vez, ya había instalado una nueva flexión del problema, al reorganizar el campo de lecturas críticas de la literatura nacional.

Tales serían, expuestos de un modo muy escueto, los momentos más representativos de articulación y rearticulación de las relaciones entre la literatura argentina y la europea a lo largo de más de cien años. De esta apretada exposición

se desprende una primera hipótesis, no por conocida menos polémica: *la relación con la literatura europea es constitutiva de la literatura argentina*. Quedaría pendiente una pregunta de la que no voy a ocuparme aquí: ¿cuándo empieza la “demonización” de esa relación, que llegó a ser tan característica de ciertas corrientes del nacionalismo cultural?

## II

Salvo en sus articulaciones específicas, propias de la particular configuración política, social y cultural la Argentina, la característica enunciada en la primera comprobación no es en absoluto un rasgo original. Históricamente, todas las literaturas nacionales se han formado en una red de relaciones que son, en realidad, internacionales, aunque este no sea un dato fácilmente admitido por los nacionalismos culturales, que por lo general prefieren imaginar condiciones esenciales incontaminadas e intransferibles. Las literaturas nacionales se definen siempre con respecto a otras, con las que rivalizan, o a las que se someten, o absorben. Si esto es así, los lineamientos conceptuales y los instrumentos metodológicos más adecuados para abordar el objeto desde esa perspectiva son o deberían ser los que brinda el comparatismo.

Pero ¿qué comparatismo? Aun sin traspasar los límites de los estudios literarios, no es necesario reiterar aquí la afirmación frecuente de que esta disciplina nunca termina de definir su objeto ni sus métodos de manera satisfactoria. Ni observar que desde el célebre trabajo de René Wellek “La crisis de la literatura comparada”, que es de 1958, el señalamiento de esas precariedades ha convertido la crisis inventariada por Wellek en un estado, por así llamarlo, crónico. A esta situación habría que añadir los embates que pocos años después de la intervención de Wellek empezó a

recibir la disciplina desde otras corrientes teóricas y críticas, como la deconstrucción, la crítica feminista, los estudios culturales y los poscoloniales. Sobre todo, estos dos últimos. Porque el comparatismo literario tradicional, ligado a la formación filológica más rigurosa, ese comparatismo que tuvo sus exponentes más extraordinarios en eruditos de la talla de Curtius, de Auerbach o de Spitzer, se caracterizó principalmente por una visión eurocéntrica, tributaria de los conceptos de universalidad y de literatura mundial. Por lo tanto, fue poco sensible a las diferencias en el interior de esa supuesta universalidad - que era en realidad una imposición europea- y no tuvo demasiado en cuenta las áreas que consideraba periféricas o ajenas a la “gran tradición occidental”. Esto quiere decir que los estudios de literatura comparada, en su versión tradicional, se revelan hoy como poco aptos para afrontar los desafíos que plantea el reconocimiento de la diversidad cultural o para considerar las asimetrías que se detectan a simple vista en el vasto campo de la llamada “república universal de las letras”.

¿Qué comparatismo, entonces, o qué idea de comparatismo literario puede resultar eficiente para un objeto que implica reconocer diferencias? Lo primero que se debe dejar de lado es la idea ingenua de que reunir e incluso comparar obras o temas pertenecientes a literaturas distintas significa hacer comparatismo. Sin ánimo de parafrasear el famoso *comparaison n'est pas raison* de Étiemble, se podría decir que comparar no es hacer comparatismo. Junto con ello, también se debería descartar la noción ingenua de “influencia”, entendida como mera transmisión vertical de elementos estéticos, ideológicos o formales. Si algo puede aproximarse a una definición aceptable de comparatismo, es, antes que nada, la idea de que se trata, siempre, de *pensar relaciones*. Y luego, para el objeto específico que propongo, que esas

relaciones se traman en un registro *inter-nacional* (que hoy, agregó, aunque en ese camino no me voy a internar, tal vez debería empezar a pensarse como *transnacional*). Qué clase de relaciones, es ya materia de opciones variadas: entre textos, entre tópicos, entre textos o poéticas y un determinado sistema receptor, entre sistemas literarios, entre formaciones y movimientos. Sean cuales fueren, casi nunca transcurren en un perfecto pie de igualdad; por el contrario, implican desigualdades, asimetrías y diferencias. En esa trama de relaciones, además, es necesario tener en cuenta a los sujetos, es decir, a los hombres y mujeres que con sus lecturas, correspondencias, viajes, traducciones y otras formas de descubrimientos e intercambios actúan como agentes activos en su construcción.

Las reformulaciones actuales del comparatismo intentan salvar las que se consideran falencias del tradicional. Cuando no tratan de condenar *in toto* una corriente que consideran mera expresión del imperialismo colonialista, o de ignorar los valores estéticos en nombre de la representatividad étnica o cultural, algunas de sus proposiciones son legítimas. De entre las varias perspectivas disponibles, me voy a referir solamente a dos que encuentro productivas para pensar el caso específico de las relaciones entre literatura argentina y literaturas europeas. Son las de Itamar Even-Zohar, con su teoría de los polisistemas, y la de Pascale Casanova, que realiza un desmontaje de la figura tradicional de la “República de las Letras” revelando cómo operan en ella las relaciones de poder. Ambos muestran con claridad algo que juzgo de gran importancia: hacer comparatismo requiere una fuerte apoyatura en la teoría y en la historia literaria. No obstante, creo indispensable anticipar que no los adopto en bloque ni acuerdo totalmente con todas sus proposiciones. En el caso de Even-Zohar, sus exposiciones áridas y plagadas de una

terminología obsesionada por los tecnicismos me parecen demasiado apegadas a un modelo lingüístico “duro”, escasamente sensible a las cuestiones de poética; y aunque se colocan en la huella de los formalistas rusos, el estructuralismo checo y la semiótica soviética, aunque adoptan y adaptan el célebre modelo de Jakobson e incluso en algún momento tienen en cuenta algunas nociones de Pierre Bourdieu como la de *habitus*, desarrollan muy poco los factores contextuales, culturales e históricos que casi todos ellos se preocuparon por integrar en sus teorías. En el caso de Casanova, me resulta asombroso encontrar en un texto entusiasta, aunque muchas veces superficial y reiterativo, un francocentrismo tan decidido: para ella Francia parece seguir siendo el centro de la vida cultural del planeta. Ese rasgo es contradictorio con sus mismas premisas, que destacan las relaciones de poder, y parece ignorar las profundas transformaciones que se vislumbran en la “república de las letras” a partir de los cambios que las nuevas modalidades del capitalismo transnacional están produciendo en las relaciones literarias, particularmente en lo que hace a uno de sus pilares, el mundo editorial. Por lo tanto, me limito por ahora a adoptar de estos autores algunas ideas puntuales que abren vías para mi exploración, haciendo de ellas un uso muy libre. Pese a sus diferencias, encuentro que ambos se tocan, quizá sin saberlo, en un punto crucial: *la idea de la cultura o del universo literario como un sistema global, heterogéneo y dinámico que puede ser estudiado y comprendido en sus interacciones activas.*

De Even-Zohar, rescato principalmente las observaciones referidas a la predisposición de los sistemas jóvenes o incipientes a utilizar otros repertorios culturales que les resulten accesibles para ampliar el propio, y las sugerencias contenidas en el ensayo “La función de la literatura en la creación de las naciones de Europa” acerca de la función

que el “modelo europeo” pudo desempeñar en la formación de literaturas nacionales en el orbe de culturas no europeas, como la estadounidense o las latinoamericanas. De Casanova, acepto sin demasiados miramientos lo que consiste en una especie de trasposición del modelo de campo intelectual de Bourdieu, entendido como campo de fuerzas en pugna, a escala mundial. De ese modo, siguiendo a Casanova, es posible pensar con un ánimo más o menos objetivo y sin caer en un denunciado obvio que *en la red de relaciones internacionales entre literaturas las posiciones no son igualitarias*. Algunas literaturas tienen un mayor “capital” que otras, y esto puede ocurrir por muchas razones: por su mayor antigüedad, que en el caso de las europeas empieza ya a medirse en milenios e implica una relación viva con la Antigüedad; por la mayor cantidad de grandes libros producidos a lo largo de esa larga trayectoria; porque han instituido a sus clásicos como “universales” (Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe); porque tienen tradiciones lingüísticas y filosóficas más consolidadas y prestigiosas, más instituciones de reconocimiento y de estudios especializados con mayores presupuestos, más publicaciones culturales, más editoriales, más público lector... Por lo tanto esas literaturas son, en términos no sólo metafóricos, más “poderosas”. O para decirlo en términos de Bourdieu: *dominantes*. La comprobación de la desigualdad es un principio que se debe tener en cuenta al encarar el estudio de las relaciones entre literaturas desde una perspectiva comparatista.

No es necesario acudir a las hipótesis sobre el dinamismo de los sistemas de Even-Zohar para comprender que esta situación desigual no acarrea un determinismo ineluctable, ya que ese lugar de poder no es inamovible, como lo prueban los desplazamientos ocurridos en la literatura europea durante la modernidad; y por otra parte, la historia de esa literatura

abunda en ejemplos de las formidables transformaciones que desde una literatura “pequeña”, o desde posiciones subordinadas o laterales, se introdujeron en las “grandes” literaturas. Los casos de Joyce y de Kafka siempre están ahí para testimoniar, aunque se tiende a olvidar que ambos escribieron en dos grandes lenguas prestigiosas, y no en irlandés ni en checo. Aun así, la asimetría incide en las modalidades y efectos que adoptan las formas de contacto entre literaturas: por ejemplo, la transferencia cultural y la traducción, para nombrar solamente dos de las más importantes. Si bien la traducción ha ganado actualmente un gran espacio en los estudios literarios, la transferencia cultural, aunque más inasible como objeto, no es menos relevante. Para ahorrarme un desarrollo sobre ese objeto difuso, que en la mayoría de los casos supone un “uso funcional” de lecturas extranjeras, me voy a limitar a sugerir una especie de ecuación proporcional: el escrito de Esteban Echeverría titulado “Clasicismo y romanticismo” sería a la literatura argentina lo que el ensayo *Sobre Alemania* de Mme. de Staël a la literatura francesa. Los dos autores adquirieron lo que creyeron novedoso para sus países a través de los viajes y el contacto con autores extranjeros; ambos apuntaban a introducir la poética del romanticismo en medios todavía ajenos o refractarios a ella; los dos textos sufrieron retrasos en su difusión debido a condiciones políticas adversas. Pero las diferencias notables entre su difusión, sus efectos y su proyección en el tiempo no obedecen tan solo a las de los *habitus* y disposiciones de los respectivos autores ni a las cualidades intrínsecas de uno y otro texto. Aunque estos factores -y esto deseo subrayarlo explícitamente- son de la máxima importancia, desde una perspectiva comparatista aquellas diferencias se explicarían sobre todo por la mediación de los respectivos sistemas literarios a que pertenecen y por la diversidad de las posiciones que cada uno de éstos ocupa en el “mega-polisistema”-para nombrarlo con la jerga

de Even-Zohar, que vendría a ser, en otros términos, ese espacio transnacional que Casanova llama “la República mundial de las letras” (aunque el término “mundial”, dicho sea de paso, debería ser reemplazado por el más honesto de “occidental”). Es decir: al analizar los casos de transferencia cultural, se trataría de registrar la capacidad, la fuerza productora de un sistema, para incorporar creativamente las elecciones e innovaciones de la literatura extranjera a la propia tradición, y para devolverlas luego, transformadas, al sistema internacional: esto ocurrió con el libro de Mme. de Staël, pero no con los apuntes de Echeverría.

Un razonamiento análogo podría aplicarse al caso de la traducción. Todas las literaturas, tanto las “grandes” como las “pequeñas” traducen, y no es necesario recordar aquí la importancia de ciertas traducciones en las literaturas europeas más “poderosas”, como las de Shakespeare o las de la literatura rusa al francés, y aun la de supercherías como las falsas traducciones de Ossian al inglés por Macpherson, retraducidas a su vez a las principales lenguas literarias de Europa. Pero hay literaturas más traducidas que otras, y hay, sobre todo, literaturas más traductoras que otras, sea por lo que Even-Zohar llama su estado de “incipiencia”, es decir por su juventud, sea por las dimensiones relativamente más pequeñas de su capital lingüístico, literario o directamente cultural. Estas premisas conceptuales y metodológicas sustentan y a la vez redimensionan con nuevos matices la segunda hipótesis, para algunos falaz y para muchos inquietante, que anima esta presentación: *la de que la literatura argentina es, desde el punto de vista del peso que adquirieron en ella las operaciones de transferencia y traducción, una literatura predominantemente receptora.*

### III

Se podría señalar aquí que desde los primeros románticos argentinos de 1830 la comprobación de que la desigualdad es experimentada por muchos escritores por así decirlo “en carne propia” se revela con bastante nitidez. A lo largo de los siglos XIX y XX esa comprobación retorna una y otra vez, aun cuando aquel estadio inicial de incipiente podría considerarse superado, e incluso cuando la literatura argentina, a través de la importancia que adquirió la traducción en los diversos proyectos culturales que se sucedieron desde las colecciones de la Biblioteca de *La Nación* hasta la revista *Sur*, pasando por los bien conocidos de *Claridad*, *Los Pensadores*, etc., había alcanzado, ya en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, una presencia editorial y un predominio lingüístico indiscutibles en el mundo hispanohablante. A esa primera comprobación se añade una segunda: *detrás de cada uno de los reclamos sea por la formación, sea por las carencias de la literatura nacional, subyace, tácita o explícita, una comparación con la literatura europea*. La fórmula que expresa ese malestar a veces oculto puede sintetizarse con frecuencia en tres palabras: “todavía no hay”. Ella revela con claridad el *terminus ad quem* de la comparación.

Esta última observación me permite llegar por fin a la presentación de los criterios adoptados para construcción del *corpus* que requeriría esta exploración. Porque si además de admitir su validez se acepta que el comparatismo significa primordialmente *pensar relaciones*, uno de los objetos más pertinentes y atractivos lo constituirían aquellos *textos en los que esas relaciones fueron pensadas o tematizadas, de modo explícito o implícito*, en un arco temporal que fuera desde los primeros románticos de 1830 hasta, digamos, la aparición de las corrientes críticas contestatarias de los años cincuenta del siglo XX. En una rápida enumeración, a título meramente

ilustrativo: escritos de Echeverría, de Sarmiento, de Juan Bautista Alberdi, de Juan María Gutiérrez; las hipótesis de Ricardo Rojas y algunas intervenciones de Paul Groussac; las tensiones que se suscitan alrededor del Centenario, especialmente las que se registran en el proyecto literario de Lugones; los debates de la década del veinte; las modulaciones del tema en los escritores de *Sur* y sus allegados: Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Carlos Mastronardi, Héctor Murena, Ezequiel Martínez Estrada, Ernesto Sabato, sin olvidar a los integrantes extranjeros que opinaron sobre la cuestión, desde el europeo Ernest Ansermet hasta los latinoamericanos Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña; los exponentes más representativos de los sectores católicos afines a la revista *Criterio* y los de las diversas corrientes del nacionalismo cultural, como Juan José Hernández Arregui, Arturo Jauretche y Abelardo Ramos; los escritores y críticos de la generación de *Contorno*, para cerrar el recorrido en la década del cincuenta.

Para concluir esta presentación, me voy a referir entonces a dos casos bien conocidos de ese *corpus* todavía en formación, lo cual me permitirá abreviar las explicaciones preliminares. Uno es el de Echeverría. Ya mencioné “Clasicismo y romanticismo”, un texto resultante de la refundición de las ideas básicas sobre el tema que circulaban en los cursos y publicaciones francesas de aquel tiempo. El pasaje más ilustrativo muestra con claridad que las propuestas echeverrianas sobre la renovación de la literatura nacional tienen como punto de referencia las reflexiones programáticas del romanticismo europeo, algo que todos los estudios existentes, desde Ricardo Rojas, se han encargado de señalar; pero no siempre se ha advertido que la conciencia de la diferencia lleva a Echeverría a realizar un movimiento característico de las literaturas incipientes o menos poderosas del espectro

occidental, y que hizo un largo camino en el interior de la literatura argentina: hacer de la carencia un don. “Nosotros tenemos derecho para ambicionar lo mismo -afirma refiriéndose a los logros del romanticismo europeo- y nos hallamos en mejor condición para hacerlo [porque] nuestra literatura recién empieza [y] hemos sentido sólo de rechazo el influjo del clasicismo”. Otro de sus escritos, el titulado “Proyecto y prospecto de un cancionero nacional”, puede ser visto como un nítido caso del “uso funcional de lecturas extranjeras” en la transferencia cultural. Las menciones de Robert Burns y Thomas Moore así lo confirman. Echeverría afirma que su primer intento de escribir un cancionero auténticamente nacional se vio frustrado por la inexistencia de tonadas indígenas, ya que todas las que pudo hallar por entonces eran de origen extranjero. Ante esa situación, poco después resolvió emprender la tarea de crearlas él mismo con la colaboración de Pedro Esnaola. La impronta de Herder, que puso a toda Europa a buscar sus raíces en los cancioneros y narraciones populares es aquí más que evidente. Es probable que las búsquedas musicales de Echeverría no hayan sido muy exhaustivas, pero en cuanto al voluntarismo explícito en que desembocó su proyecto, no deberíamos desconcertarnos: ya se sabe que los mismos europeos, cuando no encontraban esas expresiones prístinas del alma nacional, las inventaban. Como dato adicional, es interesante notar que entre los textos donde se reflexiona sobre las relaciones con la literatura y el arte europeos, las referencias a la música forman una veta lo bastante rica como para asignarles un lugar especial en el estudio de esta problemática.

Mi segundo y último caso está formado por las cartas de Victoria Ocampo que rodean la fundación de *Sur*: la dirigida a José Ortega y Gasset en julio de 1930 y la dirigida a Waldo Frank con que se inaugura la revista en 1931. Lo

que esas cartas bien conocidas revelan, con sus abundantes referencias a los viajes intercontinentales y a las comunicaciones cruzadas entre los correspondientes, me conduce a una tercera hipótesis: *las relaciones de la literatura argentina con las literaturas europeas requerirían ser consideradas en el interior de una figura que presenta cuatro términos de referencia: Argentina/Europa/ Estados Unidos/ América Latina*. La relación con España debería ser considerada como un caso especial dentro de la general relación con Europa. La literatura (y la cultura) norteamericana, a su vez, constituye por sí misma un capítulo a indagar, cuyas aristas conflictivas se perciben ya desde Sarmiento. En cuanto a la presencia de América Latina como un factor activo en la red de relaciones entre la literatura argentina y las literaturas extranjeras, se podría sugerir, de un modo quizá algo anacrónico, que se perfila en la circulación de los discursos políticos ilustrados que nutrieron las revoluciones de independencia, o, con mayor seguridad, que se remonta a los exilios de los románticos de 1830, como lo muestra con gran imaginación crítica Susana Zanetti en ese capítulo admirable de *La dorada garra de la lectura* en el que, a partir de un *collage* de citas, fabula una carta de Juan María Gutiérrez. Las crónicas norteamericanas de Martí publicadas en *La Nación* y la presencia de Darío y de otros escritores latinoamericanos en Buenos Aires desde los últimos años del siglo XIX serían los datos indispensables que vendrían a corroborar la complejidad de una interrelación que, lejos de resolverse en la figura bilateral literatura argentina/literaturas europeas, exige ser pensada en el interior de una red de múltiples enlaces.